

Misterioso Chaplin

Charles Chaplin vivió una infancia miserable y pasó de los orfanatos ingleses a construir Hollywood con su genio, aunque la misma industria después lo maltrató. A 30 años de su muerte, el autor rinde un homenaje al mayor cómico del cine. **TEXTO: RAFAEL LEMUS**



ILUSTRACIÓN: LEÓN BRAOJOS

En principio, la perplejidad. Es 1914 y Charles Spencer Chaplin Jr. actúa en su primer cortometraje. La cinta *-Making a Living-* no es, ay, memorable: un reportero -levita gris, sombrero negro, bigote tupido- intenta robar la nota a otro reportero. De estar uno allí, entre la gente que ve por primera vez al comediante inglés, uno diría: pobre hombre, no tiene futuro. Pero uno, ya se sabe, no es vidente y Charles Spencer Chaplin Jr. sí que lo era. Días después, minutos antes de rodar su segundo filme, el hombre se pierde en el camerino y quien reaparece, inesperado, es otro sujeto. No ya el comediante inglés ni el fallido reportero de la primera cinta. No ya Charles Spencer Chaplin Jr. sino un mendigo en blanco y negro. Es Charlot -Canillitas, *The Tramp-* y es, literalmente, la suma de los comediantes presentes: la chaqueta de Charles Avery, los pantalones

de Fatty Arbuckle, las botas de Ford Sterling, el bigote de Mack Swain. Es Charlot y su cortometraje *-Kid Auto Races at Venice-* es ya extraordinario. Más todavía: es el anuncio de lo que viene. Vemos, en un primer instante, una muchedumbre y una carrera de autos. Vemos, segundos después, a un hombrecito -Charlot- que entra a cuadro, mira a la cámara y nos contempla. Vemos, por último, los esfuerzos del camarógrafo y su asistente para deshacerse de ese mendigo que va donde la cámara, que sonríe para nosotros, que desea ser filmado. No han pasado cinco minutos y ya todo está expuesto: el hombrecito nimio pero protagónico, su inquebrantable lazo con el público, su figura hecha de puro cine, el cine.

A 30 años de su muerte [ocurrida el 25 de diciembre de 1977], la figura de Charles Chaplin no se ha consumido. Aunque creamos conocerlo todo acerca de él, algo se

mantiene vivo, inexplicable. Que nuestra devoción no nos ciegue: Chaplin no es una figura familiar, no es uno de nosotros. Es otra cosa: un genio. Podemos conocer distraídamente su biografía, venerar ordinariamente su fama, recordar mecánicamente sus escenas y sin embargo algo permanece, por fortuna, como un misterio. Ese golpe de genio, por ejemplo. ¿Qué pasa en la cabeza de un hombre para que, de repente, sea capaz de inventar una figura así de universal, un icono tan poderoso? ¿Por qué él, Charles Chaplin, y no Buster Keaton o cualquier otro comediante? Si no entendemos esto, menos entenderemos otro misterio: ¿por qué en Chaplin el genio no es un fogonazo sino –por decirlo cursivamente– un incendio tenaz? Su inspiración no irrumpe y se consume al crear a su alter-ego. Se extiende. Se extiende y se inflama –por lo menos– durante los años 20 y 30, cuando compone numerosas obras maestras, todas abrasadas por el fuego. No es el cineasta más experimental de su época pero sí el más iluminado: todas sus cintas contienen, unas tras otras, copiosas revelaciones. Esto no es poca cosa: es demasiado. Esos raros momentos en los que un ser se prende y crea, sostenidamente, obras estelares justifican el apagado tedio del mundo.

Ascenso y caída

No hay misterio en la vida de Chaplin. Por el contrario: hay una historia corriente, casi una fábula. Se sabe: el niño –que nace en Londres el 16 de abril de 1889– tiene una infancia miserable. Su madre es una frustrada actriz de teatro, torturada por ataques de epilepsia; su padre, un cantante borrachín, muerto cuando Charlie tiene 12 años. Para sobrevivir, el niño fatiga orfanatos, se extenua en teatros populares, se une –ya adolescente–

al grupo cómico de Fred Karno. Misericordiosamente, hay una gira a Estados Unidos y, en la gira, Chaplin es descubierto. Hollywood lo observa. Hollywood le ofrece un trabajo sin sospechar que este hombre –bajito y un tanto anodino– terminará de construir Hollywood. En un principio, Charlot es un títere: va de un estudio al siguiente y tira paste-lazos según se lo ordenen los directores. Más tarde, es el amo: funda –con otros actores y cineastas– la United Artists para realizar las películas a su antojo. 1921: *El chico*. 1923: *Una mujer de París*. 1925: *La quimera del oro*. 1928: *El circo*. 1931: *Luces de la ciudad*. 1936: *Tiempos modernos*. 1940: *El gran dictador*. 1947: *Monsieur Verdoux*. 1952: *Candilejas*. 1957: *Un rey en Nueva York*. 1967: *La condesa de Hong Kong*.

Tampoco es un secreto su caída. Se sabe: el mundo es un lugar mendaz y Hollywood fue despiadado con Chaplin. Durante el macartismo se dijo: “su vida en Hollywood contribuye a destruir la fibra moral de América”. Se le acusó: de comunista, de provocador, de antiamericano. En 1952, mientras viajaba por Europa, se le avisó: no tenía permiso de volver a Estados Unidos. Es obvio que Hollywood rectificó años después y que le otorgó, culposo, un Oscar honorario. Demasiado tarde: Chaplin quedó tatuado en la conciencia universal como un elemento subversivo. Cosa justa: eso era Charlot, eso son todavía sus películas. No se piense sólo en *Tiempos modernos* ni en *El gran dictador* ni en el pícaro perseguido por la ley ni en el mendigo bondadoso y, por lo mismo, doblemente explotado. Piénsese en las comedias de hoy, tan falsas como insulsas, y nótese una vez más el genio de Chaplin. Para complacernos, la comedia actual miente: la realidad –nos dice– no es rapaz, sonrío. Para regocijarnos, Chaplin no necesitó renunciar a la inteligencia ni traicionar

el mundo: en sus filmes todo sigue siendo como es y, sin embargo, uno ríe. No poco. No idiotamente.

No hay despedida

Se suele afirmar que Chaplin –al revés de D.W. Griffith, de F.W. Murnau, de Erich von Stroheim– era un cineasta descuidado, formalmente desaseado. Nada más falso. Contra esta superstición, una anécdota:

“Se cuenta –escribe Guillermo Cabrera Infante– que para una escena de un cabaret Chaplin hizo construir un escenario con cuatro paredes, en una de las cuales había hecho practicar un agujero por donde asomaba su ojo único, la cámara: en la escena, auténticos camareros servían una auténtica comida y a los compases de una orquesta auténtica, que no se oía en el filme... (se sorbía) auténtico champaña”.

Se suele declarar, ateamente, que no hay misterio. Que Chaplin fue un intérprete más. Que Charlot es un personaje cualquiera, sujeto como todos los personajes a la voluntad de su autor. Contra esa superstición, otra anécdota: alguna vez Chaplin participó en un concurso de imitadores de Charlot y no alcanzó a llegar siquiera a la ronda final. Es decir: esa tarde Charlot no se posó en el cuerpo de Chaplin sino en el de otro mortal. Una última prueba: ahora que el cadáver de Charles Spencer Chaplin Jr. cumple 30 años, no podemos despedirnos todavía del gran Charlot. El hombrecito permanece vivo. El hombrecito aún se prende o, mejor, obstinado que es, no se apaga. •

RAFAEL LEMUS

Ciudad de México, 1977.
Ensayista y crítico literario.